

La construcción de la política exterior iraní

D. Luciano Zaccara

Introducción

El diseño y la ejecución de la política exterior ha sido para los gobernantes iraníes una herramienta de disputa política tanto interna como externa. Desde la época del Imperio Persa hasta la República Islámica, la legitimidad y la autoridad de los jefes de estado y de gobierno se ha basado en gran parte en la imagen y comportamiento de Irán en el extranjero.

El último Sha, Mohamed Reza Pahlevi, utilizó la política exterior como principal eje de su mandato desde el derrocamiento del gobierno del Premier Mohamed Mossadegh, en 1953, hasta su caída en 1979. La hegemonía iraní en el Golfo Pérsico fue su principal objetivo exterior, que le garantizaría la legitimidad interna necesaria para mantenerse en el poder, descuidando los aspectos políticos, sociales y económicos internos.

Por su parte, la República Islámica establecida en 1979 también utilizó la política exterior como principal baza de consolidación interna del régimen a lo largo de los primeros años de la revolución, en medio de una guerra de ocho años de duración contra el Iraq de Saddam Hussein entre 1980 y 1988.

El fin de la guerra, la desaparición del fundador de la República, Ruhollah Jomeini, y los diversos acontecimientos internacionales -como las dos guerras del Golfo y la de Afganistán- y nacionales -la presidencia de Jatamí en 1997- no disminuyeron la importancia de la política exterior para los gobernantes iraníes.

En ese contexto, el modo en que se ha construido y se construye esa política exterior ha resultado ser la expresión de las disputas entre los diferentes grupos políticos y de presión al interior del sistema. De manera que si el posicionamiento exterior representa la ideología de determinado grupo, esto repercute en la propia estructura de poder del sistema como una victoria y afianzamiento de sus posiciones políticas.

Una rápida revisión histórica de algunas de las decisiones exteriores más importantes de Irán nos podrá ayudar a identificar algunas constantes. Una de ellas tienen que ver con el comportamiento típico de una potencia regional en el entorno, y en el cual el cambio de sistema político no ha significado diferente actitud aunque sí una tajante ruptura en la orientación ideológica. Otra de las constantes ha sido, que a pesar del cambio de sistema, durante el primer período de la revolución bajo el liderazgo indiscutido del Ayatollah Jomeini, las decisiones recaían en última instancia en él, a pesar de que la estructura de poder republicana estaba diseñada de tal manera que el absolutismo decisorio de la era del Sha desapareciera. Este personalismo en la toma de decisiones por lo tanto habría pervivido al menos hasta los años 90, cuando se estableció un mecanismo institucionalizado de toma de decisiones que planteaba la necesidad de cierto consenso entre la elite política iraní.

Las presidencias de Hashemi Rafsanyani y Mohamed Jatamí han mostrado esta evolución dentro de los límites establecidos por el sistema político y de disputa entre facciones.

La política exterior del Sha Pahlevi

Sin intentar hacer una exhaustiva revisión histórica de este período se puede decir que una primera conclusión acerca de la política exterior del período del Sha Mohamed Reza Pahlevi es que con él, la política exterior iraní de posguerra fue un círculo completo, desde el rechazo a una política de alianza exterior con los vencedores una vez culminada la Segunda Guerra Mundial, pasando por una aceptación de compromisos militares con Estados Unidos y finalmente una posición de no-alineamiento pro occidental¹. Equilibrio Negativo; Tercera Potencia, Nacionalismo Positivo y Política Nacional Independiente fueron los nombres de las cuatro variantes de la postura internacional de equilibrio de poder que utilizó Irán para llevar adelante sus objetivos en política exterior. Excepto el Equilibrio Negativo, propugnado por Mossadegh y el Frente Nacional durante su corto mandato entre 1951 y 1953, el resto de las iniciativas fueron diseñadas por el Sha, siguiendo los requerimientos de mantenimiento del poder del régimen y la importancia de su rol personal como líder regional indiscutido.

Pero la persecución del prestigio personal del Sha fue realizada a costa del consenso interno, que debió ser mantenido con una represión constante sobre cualquier grupo que alzara su voz contra el régimen. El clero shií, afectado tanto como grupo en su enfrentamiento directo con el Sha, como en su representación de una de las tradiciones más importantes de Irán durante quinientos años, fue quien llevó adelante el peso de la oposición total al régimen de la mano de Jomeini, Behesti y otros ayatollahs de Qom. Y al enfrentarse con el clero Mohamed Reza Pahlavi fue víctima también de una mala evaluación de sus objetivos y fines y los medios disponibles para llevarlos a cabo². Como su padre Reza Khan, había tratado de impulsar la política exterior a través de una política de equilibrio positivo, pero como su padre, no había tenido en cuenta algunos actores cruciales en el juego en su conjunto, y se había inclinado demasiado en dirección de un actor externo. En otras palabras, su decantación por Estados Unidos en su persecución por demostrar la importancia de Irán y la suya propia en Oriente Medio, hizo que el frente interno se debilitara y que los actores que no habían sido tenidos en cuenta, e incluso combatidos, fueron los que consiguieron consensuar la eliminación del régimen monárquico y su reemplazo por una República Islámica en 1979.

La política exterior de la Revolución Islámica

La Revolución Islámica de 1979 produjo un cambio radical del sistema político iraní. Y la expresión política más clara de su cambio fue la orientación ideológica que le imprimió a la política exterior. En la fase de consolidación e institucionalización de la Revolución Islámica, la influencia de Jomeini fue crucial para entender los lineamientos en política exterior esgrimidos por Irán. Como eje articulador de las

¹ CHUBIN, Shahram and ZABIH, Sepehr: "The Foreign Relations of Iran, A developing state in a zone of great-power conflict", University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London, 1974, pág. 7.

² RAMAZANI, Ruhollah: "The Foreign Policy of Iran, A developing nation in World Affairs 1500-1941", University Press of Virginia/Charlottesville.1966, pág. 174.

distintas facciones que participaron del derrocamiento del Sha, Jomeini jugó su papel inteligentemente, diseñando un sistema de gobierno descentralizado, en el que ningún grupo, ni siquiera el Partido Revolucionario Islámico, fuera dominante absoluto del escenario político, y poder desempeñarse como árbitro de las disputas que se produjeran al interior de la coalición revolucionaria. De esta manera los centros de tomas de decisiones se multiplicaron, y las iniciativas políticas a veces se contrapusieron entre sí.

En pleno fervor revolucionario, la ocupación de la embajada de Estados Unidos, en noviembre de 1979, fue llevada a cabo por una de las facciones y produjo la caída del gobierno provisional de Mehdi Bazarghan, quien se opuso al hecho, ante el silencio de Jomeini quien habría dado así luz verde a la ocupación. Este acontecimiento que forzó la ruptura con Estados Unidos marcó quizás la definición ideológica fundamental del régimen iraní a lo largo de sus 25 años de vida.

A partir de allí se podrían resumir, siguiendo a Ramazani, los principios básicos de la política exterior iraní a partir de la revolución en los siguientes:

- 1) Independencia tanto del este como del oeste.
- 2) Designación de EEUU como el principal enemigo de Irán.
- 3) Lucha contra las superpotencias y el poder sionista.
- 4) Apoyo a todos los pueblos oprimidos en todo el mundo, especialmente los musulmanes.
- 5) Liberación de Jerusalén.
- 6) Anti imperialismo.
- 7) Apoyo a las masas oprimidas³.

Estos principios revolucionarios han sido mantenidos por todos los gobiernos más allá de que los estilos diplomáticos y de ejecución de la política exterior en la época republicana nos permiten establecer al menos tres períodos bien diferenciados en la política exterior iraní.

El primer período se inicia con la Revolución en febrero de 1979 y culmina con la desaparición de Jomeini en junio de 1989.

El segundo período iniciado en 1989 se prolongará hasta la elección de Mohamed Jatamí a la presidencia iraní en 1997.

El tercer período iniciado en 1997 hasta nuestros días.

El primero de estos períodos ha estado caracterizado por tres elementos. En primer lugar el establecimiento y consolidación de la institución de *Velayat-e faqih*, elaborado por Jomeini y consagrado en la constitución. En segundo lugar el constante debate entre revolución permanente y construcción del estado, en otras palabras, la discusión entre la permanente ideologización de la política iraní y la razón de estado. Y en tercer lugar, las continuidades y discontinuidades estructurales con el régimen del Sha, entre las que encuentra la política exterior⁴.

Es durante este período propiamente revolucionario en que las diferentes posturas internacionales lucharán para imponerse. La más importante división aparentaba ser entre "*iran-firsters*" e "*islam-firsters*", ya que el debate discurría sobre si el período revolucionario era declarado terminado y se adoptaba una versión reformada del estado Pahlevi, o se continuaba en un estado de revolución permanente⁵. Bani Sadr y Bazarghan representaban la primera opción que se

³ RAMAZANI, Ruhollah: "Iran's export of the revolution: politics, ends and means", en John Espósito y James Piscatori (Ed.) "The Iranian Revolution. Its Global Impact", 1990, pág. 21.

⁴ STARKEY, Brigid Ann: "State, Culture and foreign policy: exploring linkages in the muslim world", University of Maryland, UMI Dissertation Services, 1991, pág. 47.

⁵ STARKEY, op. cit. pág. 48.

impuso en un principio, aunque no significó la derrota del otro sector, lo que permitió una institucionalización de facciones, en donde el Majlis orientado a la reforma jugaba el rol de "*iran-firster*" mientras que el más conservador Consejo de Guardianes actuaba justamente como guardián del carácter islámico del nuevo del nuevo régimen⁶.

La guerra de 1980-88 iniciada con la invasión de Irán por parte de los ejércitos iraquíes, marcó los primeros años de la República Islámica. Y según muchos especialistas si hay un acontecimiento en el que se ve claramente la participación de Jomeini en la toma de decisiones ese acontecimiento es la guerra con Iraq. La ideología islámica ha sido un instrumento mayor de movilización militar para la conducción de la guerra. Las desmoralizadas y diezmadas fuerzas armadas iraníes fueron llamadas a defender el Islam contra el Sha Hussein o Yazid. El Islam también fue un motivador para las masas que formaron parte de las fuerzas regulares y de las irregulares como los *pasdaran* y los *basij*⁷. La dura postura negociadora iraní durante la guerra ha sido consistentemente racionalizada en términos de Islam como fue expuesta por Jomeini, en lugar de la carta de las Naciones Unidas. Al insistir en la retirada de las tropas iraquíes como pre-requisito para la paz, los líderes iraníes invocaban los preceptos coránicos. Paradójicamente, la ideología islámica ha sido invocada tanto para racionalizar la defensa de Irán, como posteriormente para invadir Iraq en las diversas contraofensivas llevadas a cabo por el ejército iraní. Al existir en la ideología de Jomeini una sociedad islámica universal, en donde las fronteras internacionales son de importancia secundaria, una vez que la agresión contra el Islam es cometida, su defensa no puede frenarse en las fronteras del estado⁸.

Luego casi ocho años de guerra y ante la imposibilidad de ambos estados de volcar el conflicto a su favor de una manera decisiva, y sobre todo, con el comienzo de la intervención decidida de EEUU en favor de Iraq a través del abanderamiento de los buques que entraban en puertos iraquíes y el derribo del Airbus iraní por parte de un crucero de EEUU, hicieron que Irán, o mejor dicho Jomeini, decidiera finalmente aceptar la resolución 589 del Consejo de Seguridad de la ONU exigiendo el cese del fuego. Según Jomeini, la aceptación de la tregua fue un trago de veneno que fue obligado a tomar en función de la salvación de su patria⁹. De acuerdo con fuentes de inteligencia de EEUU, el 16 de julio de 1988, hubo una reunión en Teherán de altos funcionarios, incluyendo a Alí Montazeri, Hashemi Rafsanyani, el primer Ministro Mir Mussavi, y Ahmad Khomeini para tratar el tema de la finalización de la guerra. Montazeri recomendaba, al igual Rafsanyani, que por interés de la Revolución, Jomeini debía confirmar el acuerdo de cese del fuego, recomendación que fue finalmente aceptada por el líder¹⁰. En este caso, más que en ningún otro, la razón de estado prevaleció por sobre los principios ideológicos de la Revolución. Jomeini, quien en todo momento fue el productor de ideología fundamental del régimen y el instrumentalizador principal de la guerra en función de la consolidación de la Revolución, fue quien se comportó pragmáticamente reconociendo la

⁶ STARKEY, op. cit. pág. 50.

⁷ RAMAZANI, Ruhollah: "Khumayni's Islam in Iran's foreign policy" en Aheed Dawisha (Ed.) "Islam in foreign policy" Cambridge University Press, 1983, pág. 24.

⁸ RAMAZANI, op. cit. pág. 25.

⁹ REZUN, Miron: "Iran at the Crossroads. Global Relations in a Turbulent Decade", Westview Press, Boulder-San Francisco-Oxford, 1990, pág. 30.

¹⁰ *Ibidem*.

supremacía de la reconstrucción del estado destruido por la guerra por sobre el objetivo de exportación de la Revolución.

La Tormenta del Desierto y la presidencia Rafsanyani

El segundo de los períodos en los que hemos establecido la cronología de la República Islámica, de acuerdo a nuestro acento en la toma de decisiones en política exterior, estuvo marcado por la invasión iraquí de Kuwait y la posterior guerra liderada por Estados Unidos para liberar el emirato.

En medio de la crisis de Kuwait, el 14 de agosto de 1991, se produce un intercambio de correspondencia entre Saddam Hussein y el por entonces presidente iraní Hashemi Rafsanyani, en el que se informa la decisión iraquí de aceptar casi todos los términos iraníes para un tratado de paz. La respuesta a la propuesta iraquí fue rechazada. El motivo de este rechazo derivaba de las consideraciones de la elite gobernante acerca de las máximas amenazas para Irán. Y teniendo en cuenta que la evaluación iraní era de que Iraq continuaba siendo un peligro principal, en este caso el interés nacional iraní fue superior y se privilegió la búsqueda de la disminución de esa amenaza en perjuicio del discurso ideológico de enfrentamiento con EEUU.

La *realpolitik* iraní estaba dictada fundamentalmente por su preocupación estratégica de miedo a la marginación y aún la destrucción si Irán se alineaba con Iraq. Visto de esta manera la crisis de Kuwait fue una bendición para Irán que universalizó la sensación de amenaza que Iraq solo representaba para Irán. Esto permitió una extraña simbiosis entre Estados Unidos e Irán, y al mismo tiempo significó un nuevo impulso y desafío a la diplomacia iraní, que debía mostrar al mismo tiempo una actitud políticamente correcta de cara al sistema internacional pero también intransigente al interior para no perder las credenciales islámicas y revolucionarias del gobierno. Es así entonces como el elemento clave del comportamiento iraní durante la crisis de Kuwait se describe como de neutralidad durante la guerra de liberación, y de cooperación con la ONU en las iniciativas de terminar con la invasión y la aplicación de las sanciones durante y después de la guerra. Esta decisión se habría tomado en el seno del Consejo de Seguridad Nacional, formado apenas unos años antes, a partir de la reforma constitucional de 1989, y en el que se encuentran representadas las instancias institucionales encargadas de las decisiones en política exterior y las diversas tendencias políticas iraníes. Por lo tanto se podría decir que esta decisión es la primera tomada dentro de este mecanismo institucionalizado de decisiones entre la elite política iraní.

La presidencia de Jatamí y las guerras de Afganistán e Iraq

Con el ascenso de Mohamed Jatamí a la presidencia iraní se abrió un nuevo período político que en materia de política exterior se caracterizó por un cambio de estilo diplomático y un inicio de un proceso de distensión en la región del Golfo Pérsico y de normalización de Irán con muchos estados.

Luego del atentado contra las Torres Gemelas su gobierno fue uno de los primeros en ser visitados por autoridades europeas ante el futuro ataque contra Afganistán con el objetivo de lograr su apoyo a la coalición liderada por Estados Unidos, o al menos para garantizar su neutralidad y su rechazo al terrorismo de Al Qaeda.

Durante toda la crisis afgana la postura iraní ha permanecido inamovible. Por un lado *neutralidad* en las acciones bélicas, es decir, no participar activamente en la coalición militar contra Afganistán pero tampoco apoyar al régimen Talibán. Por otro lado, *colaboración* con los organismos internacionales en la búsqueda de soluciones pacíficas a la crisis y en la lucha contra las actividades terroristas de las que Irán mismo se considera víctima. Su rechazo a los bombardeos y su apoyo a la legalidad internacional representada por ONU, ha sido la mejor carta iraní para ser tenido en cuenta como un interlocutor válido en la mesa que discutió el futuro político y la reconstrucción económica de Afganistán.

La presencia de observadores iraníes en la Conferencia de Bonn, donde se acordó la formación de un gobierno de transición en Afganistán, significó el reconocimiento de tres situaciones. En primer lugar, el creciente liderazgo regional y la importancia de Irán como garante de la estabilidad en la región. En segundo lugar, el costo que Irán ha pagado en la última década por su apoyo a la Alianza del Norte en contra del régimen Talibán. En tercer lugar, las pérdidas que, en recursos económicos y vidas humanas, han sufrido los iraníes como consecuencia del tráfico de drogas y contrabando que ingresaba a Irán a través de la frontera afgana.

Es por eso que, cuando el Presidente Bush incluyó a Irán dentro del *eje del mal*, en su ya tristemente célebre discurso del Estado de la Nación, provocó la sorpresa de la mayoría de los diplomáticos europeos y la indignación de las autoridades iraníes. Muchos vieron en esto una especie de traición al gobierno de Jatamí, que había realizado un enorme esfuerzo para convencer a los sectores más conservadores que la *neutralidad* y la *colaboración* eran las vías adecuadas para obtener el mejor beneficio de cara a la comunidad internacional.

Cabe aclarar que si bien la postura iraní con respecto al conflicto de Afganistán no evidenció cambios hacia el exterior, eso no significa que no se hayan evidenciado opiniones diferentes en la cúpula política iraní. Mientras que la posición diplomática era llevada adelante por Jatamí y Jarrazi en los diferentes foros internacionales, las declaraciones de diferentes personalidades políticas iraníes criticando la escasa participación iraní en los acontecimientos afganos se hicieron visibles a través de numerosos medios de prensa. Incluso el Rafsanyani, dejando de lado su bajo perfil durante el conflicto, exigió una postura más vehemente del gobierno iraní durante la conferencia de Bonn.

La invasión de Iraq por Estados Unidos en 2003, hizo replantearse nuevamente a la elite política iraní la postura a tomar. La disyuntiva seguía los mismos cauces de la confrontación anterior, pero con diferentes condiciones regionales y nacionales. Irán e Iraq formaban parte del "eje del mal" pero ahora era Irán el que mejor imagen internacional ostentaba por la política exterior desplegada por el presidente Jatamí y el ministro de Asuntos Exteriores Kamal Jarrazi. Iraq en cambio, había sido defenestrado internacionalmente desde la guerra del 91, sin que hubiera podido rehabilitarse desde entonces, y en condiciones militares, económicas y sociales desastrosas, para nada comparables a la década anterior.

La postura de Irán por lo tanto podría mantenerse sin mayores inconvenientes en cuanto a la neutralidad ante la contienda, teniendo en cuenta que los intereses de Estados Unidos e Irán seguían coincidiendo al menos en lo referente a la enemistad con el régimen de Hussein. Sin embargo, la derrota de Iraq dejaba a Irán totalmente rodeado por tropas estadounidenses al este y al oeste, con lo paradójico de la situación creada por las guerras de Afganistán e Iraq, ambos enemigos declarados de la República Islámica.

El gobierno iraní desdobló por lo tanto, al igual que en las anteriores guerras, su posición frente a Iraq y frente a Estados Unidos. Continuó manteniendo el compromiso de respetar la integridad territorial de Iraq y la autodeterminación del pueblo iraquí a través de un proceso electoral democrático. Tanto las declaraciones del presidente Jatamí, como las del jefe del Consejo de Discernimiento Hashemi Rafsanyani, hacían suponer que no se intentaría exportar el modelo de república islámica iraní hacia su vecino, habida cuenta del fracaso ideológico que representó el anterior intento de la década de los '80, más allá que se pretendiera extender las redes de control de la población a través de las mezquitas shiíes del sur del país y los arrabales de Bagdad.

En cuanto a la intervención de Estados Unidos Irán también seguía manteniendo desde 1991 una posición clara. La presencia de tropas extranjeras en aguas del Golfo Pérsico es vista por el gobierno iraní como un factor de inestabilidad en la región. Para los iraníes es impensable hablar de seguridad regional mientras existan tropas foráneas con bases en la región. Por lo que exigen la evacuación total de las fuerzas de ocupación estadounidenses y británicas, a quienes consideran un factor de inestabilidad en la zona, y la causa de la explosión de la violencia interreligiosa entre los mismos iraquíes. No obstante, esto no ha impedido que Irán colaborara incluso con las autoridades estadounidenses en el cumplimiento de las disposiciones internacionales de bloqueo contra Iraq que implicaban el patrullaje y control del contrabando de petróleo por aguas del Golfo, como así también un acuerdo tácito para ayuda humanitaria en caso de derribo de aviones americanos en suelo iraní.

En este caso es quizás donde se ha podido observar mayor discrepancia entre las autoridades políticas iraníes sobre la actitud ante el conflicto, la ocupación y el futuro iraquí. El presidente Jatamí y el ministro Jarrazi aseguraban el compromiso iraní con el mantenimiento de la integridad territorial iraquí, y exigían una rápida retirada de las tropas extranjeras y una mayor implicación de las Naciones Unidas en la pacificación del país. También reconocían la autoridad del gobierno provisional iraquí. El eje de actuación de ambos ha sido la participación en los foros internacionales y regionales para la resolución del conflicto iraquí, así como la continuidad de la cooperación bilateral sectorial con Iraq que se ha iniciado desde el comienzo de su mandato en 1997. No obstante, de acuerdo a fuentes del Ministerio de Asuntos Exteriores iraní, no existiría una posición oficial respecto a cuestiones específicas como ser el apoyo a Al Sadr, Al Sistani, Al Hakim u otro líder iraquí.

Rafsanyani, jefe del Consejo de Discernimiento, se pronunció por una exigencia de elecciones libres con la mayor brevedad posible en Iraq bajo supervisión de Naciones Unidas y por un enjuiciamiento internacional a Hussein por los crímenes de guerra cometidos contra la población iraní. Aunque se haya reunido con el representante de Naciones Unidas para la región, Lahdar Brahimi, y haya asegurado la no interferencia iraní en Iraq, según fuentes periodísticas árabes el líder shií Muqtada Al Sadr podría haber visitado recientemente Irán y haberse entrevistado con Rafsanyani.

El ministro de Defensa Ali Shamkhani y el jefe de los *Pasdaran* se mostraban en su discurso más interesados en las reparaciones de guerra y en el juicio a Hussein. Cabe aclarar que los grupos vinculados a los *Pasdaran* han sido los más críticos con la política exterior desarrollada por Jatamí durante todo su mandato.

Hasan Rowhani, jefe del Consejo de Seguridad Nacional, ha hecho público su apoyo al Consejo Supremo de la Revolución Islámica en Iraq al entrevistarse con su

jefe, Abdul Aziz Hakim, demostrando también su intención de incidir en los aspectos regionales de la política exterior iraní.

El Líder Alí Jamenei, que ha realizado pocas declaraciones acerca de la cuestión iraquí, parece ser, sin embargo, el que mayor interés tiene en influir en los acontecimientos políticos en el interior de Iraq. Al igual que en Afganistán, el jefe de Estado iraní jugaría a respaldar a varios líderes shiíes iraquíes sin brindar su total apoyo a ninguno de ellos en particular, con el objetivo de controlar la mayor cantidad de grupos posibles. De ahí las sospechas que vinculaban a Chalabi, Al Sistani, Al Sadr y a otros líderes iraquíes con las organizaciones revolucionarias islámicas.

Sin embargo, este interés no debe necesariamente ser visto como la intención de establecer una república islámica al estilo iraní en territorio iraquí. Mientras que el modelo de los ayatolás no sea reproducido en otro país, el mito de su ejemplaridad permanecerá intacto. En cambio, su implementación en Iraq representaría una competencia con el modelo copiado, algo que los ayatolás iraníes no estarían dispuestos a aceptar; más aún teniendo en cuenta el carácter árabe de la población iraquí. Incluso funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores iraní entrevistados recientemente reconocen que esta posibilidad afectaría mucho más a la seguridad nacional iraní, por lo que la posición más lógica de los diferentes agentes gubernamentales debería ser la no influencia en la población iraquí para el establecimiento de una república islámica.

La cuestión nuclear

El ejemplo de la controversia por el programa nuclear iraní es esclarecedor a la hora de demostrar la existencia de una multiplicidad de centros de poder y la manera en que las decisiones en política exterior representan el epifenómeno de las disputas entre facciones al interior del sistema. La crisis desatada en el 2003, resuelta con la visita de la *troika* europea anglo-franco-germana, tuvo como negociador iraní a Hassan Rowhani, jefe del Consejo de Seguridad Nacional, y no al Ministro de Asuntos Exteriores Kamal Jarrazi, cara diplomática del gobierno de Jatamí. Rowhani, un ayatollah formado en el Reino Unido, ha sido uno de los principales colaboradores de Hashemi Rafsanyani, el ex presidente y actual Jefe del Consejo de Discernimiento, y como tal, ha dado a entender a la comunidad internacional, que la política de seguridad iraní, o al menos lo vinculado a la cuestión nuclear, no es decidido en última instancia por el gobierno de Jatamí, sino por los organismos controlados por el sector pragmático de los Servidores de la Reconstrucción, antigua facción de Rafsanyani.

Con posterioridad a las elecciones parlamentarias del 2004, que otorgaron la victoria al sector conservador, el Comité de Seguridad Nacional y Política Exterior del *Majlis* ha sido el cuerpo al que se le ha asignado la decisión de reiniciar las actividades de enriquecimiento de uranio suspendidas por decisión de Rowhani, así como la ratificación del protocolo adicional al Tratado de No Proliferación Nuclear exigido por la AIEA. Esto tiene una doble lectura. De cara al exterior, es un Parlamento legítimamente elegido el que decide, por lo que no hay nada que objetar a su legitimidad y legalidad interna e internacional. Por otro lado, los conservadores tienen ahora el control del Parlamento, por lo que una línea dura en política exterior puede provenir también desde el *Majlis*. No obstante, Rowhani sigue siendo el portavoz oficioso de la postura iraní en detrimento de Jarrazi.

Desde la posición dominante de *Velayat o* Guía Espiritual Alí Jamenei ha declarado en diversas manifestaciones multitudinarias durante 2004 que Irán “cortará las manos” de aquel que ataque los intereses tecnológicos iraníes¹¹, en alusión a aquellos que desde el extranjero busquen por medios militares destruir las instalaciones nucleares iraníes. Y diversas organizaciones pertenecientes al entramado militante religioso de los *Pasdaran*, como los centros de adoctrinamiento y de operaciones estratégicas, hicieron un llamamiento para realizar acciones concretas contra intereses estadounidenses o israelíes.

Desde el gobierno de Mohamed Jatamí, en cambio, el ministro Jarrazi y el portavoz ministerial Reza Asefi aseguran que Irán ha cumplido y seguirá cumpliendo sus compromisos internacionales, e hicieron un llamamiento a la prudencia a los sectores conservadores. No obstante, ante la creciente presión internacional, Jatamí ha tenido que optar por un posicionamiento más firme en el plano internacional y nacional, evitando debilitar al frente reformista, ya muy desprestigiado por lo reverses electorales de 2003 y 2004. Ante las últimas publicaciones aparecidas en el periódico estadounidense *New Yorker* acerca de un posible plan para atacar las instalaciones nucleares por parte de Estados Unidos, Jatamí y Jarrazi no han dudado en responder que Irán respondería con firmeza cualquier acción militar que buscara lesionar los intereses nucleares iraníes¹².

El pulso internacional entre Irán y Estados Unidos cuenta con la mediación de Europa y la Agencia Internacional de Energía Atómica, que muy a pesar de la administración Bush, sigue pensando que la negociación es la mejor manera de garantizar el desarrollo pacífico del avanzado programa nuclear iraní. Es de esperar que cualquier plazo estipulado por el organismo internacional sea empujado por los iraníes hasta el final del mandato de Jatamí, y poder tomar una decisión con un nuevo presidente electo. Es por eso que el próximo proceso electoral será de vital importancia tanto para vislumbrar las perspectivas de apertura o endurecimiento del régimen iraní.

En las próximas elecciones presidenciales que tendrán lugar en junio del 2005 no se podrá presentar el actual presidente Jatamí por haber cumplido los dos mandatos previstos en la Constitución. Ya hay numerosos precandidatos que anunciaron su intención de presentarse entre los que se destacan el mencionado Hassan Rowhani; Alí Shamkhani, actual ministro de defensa; Mir Husein Musavi, ex primer ministro durante la presidencia de Jamenei y Alí Akbar Velayati¹³, antiguo ministro de Asuntos Exteriores durante las presidencias de Jamenei y Rafsanyani. Estos dos últimos, considerados “radicales” en el panorama político iraní, y por lo tanto muy probablemente con posturas escasamente negociadoras a nivel internacional. Dentro del grupo considerado “reformista”, muy golpeado y dividido desde 2003, solo se visualiza la posibilidad de presentación del hermano del actual presidente, Mohamed Reza Jatamí, principal referente del Frente de Participación Islámica, agrupación que apoyó la llegada al poder de Jatamí.

Algunas conclusiones

¹¹ En *Kayhan* (Iran), July 6, 2004, citado en www.memri.org, *Special Dispatch Series - No. 743* July 13, 2004.

¹² En *Tehran Times*, 22 de enero de 2005.

¹³ Velayati declaraba que: “Irán está entre las diez potencias nucleares a nivel mundial. La adquisición de potencial nuclear y al mismo tiempo comprometerse con el TPN está entre las dotes diplomáticas de Irán”, en *Sharq*, Nº 303, pag. 5, Teherán, 1 de enero de 2004.

Dentro del sistema político iraní actualmente existen diversos organismos gubernamentales que tienen incumbencia en el diseño de la política exterior. Entre los mismos se cuentan, por orden de importancia: 1) el *Velayat al Faqih* -Líder espiritual, la jefatura del Estado-; 2) la Presidencia y el Ministerio de Asuntos Exteriores; 3) el Consejo de Seguridad Nacional; 4) el Consejo de Discernimiento y 5) el Comité de Seguridad Nacional y Política Exterior del *Majlis* –Parlamento-. También la Guardia Revolucionaria Islámica o *Pasdaran* y el Ministerio de Cultura y Guía Islámica tienen capacidad de influenciar en el proceso de toma de decisiones.

Estas instituciones a su vez están atravesadas por un entramado de asociaciones y agrupaciones políticas, que por las escasas definiciones en sus programas o límites ideológicos han permitido la creación de alianzas electorales y de funcionamiento en el parlamento. Las diferentes facciones que se pueden identificar desde los inicios de la república Islámica en 1979 no son por lo tanto homogéneas ni permanentes en los 25 años de vida política del régimen, pero permiten al menos identificar la presencia de hombres fuertes dentro del sistema político que han sabido mantenerse en los puestos de poder.

Esas facciones y hombres fuertes, al frente de sus respectivos puestos institucionales en el sistema político iraní, han basculado en uno u otro sentido de acuerdo a los diversos acontecimientos internacionales en los que fue necesaria la toma de decisiones con respecto a la postura internacional a tomar por Teherán. La elite política en su conjunto, luego de las disputas internas en diferentes ámbitos, es la que establecía la postura internacional a llevar adelante por Irán. A mayor diferencia en el seno del grupo dominante, mayor el cruce de opiniones a través de la prensa y comunicados oficiales de los diversos centros de poder. Una presidencia reformista, con serias diferencias en cuanto su postura internacional con los grupos conservadores o radicales, ha forzado al sistema político a desviar el eje por donde pasa el consenso en política exterior, llevándolo hacia instituciones y personalidades no estrictamente vinculadas al poder ejecutivo. Poder que, como ejecutor de la política exterior y representación e imagen de Irán en el exterior, ha sido el campo de batalla en el que se han dirimido las diferencias ideológicas entre la elite político-clerical iraní desde la revolución de 1979. La presidencia es por lo tanto la institución política clave que disputarán los sectores no reformistas -que ya controlan los otros estamentos institucionales electivos-, para lograr una homogeneidad ideológica desde el sistema político hacia la comunidad internacional.